



## LA CRUZADA DE LOS NIÑOS.

*Dios lo quiere así!...*

(Continuación.)

### IV.

Como en aquella época no había caminos reales, y los medios de comunicación consistían en algunos puentes de madera para pasar los torrentes, y en senderos abiertos á través de los bosques á fuerza de hachazos, mientras duraba el invierno cada cual permanecía encerrado en su torreón ó en su cabaña, sin que ni el castellano ni el vasallo tuviesen precisión de salir de su castillo ó de los límites de su aldea, pues tenían en sus casas lo necesario para vivir.

Figuraos, pues, amables niños, los trabajos que sufrirían los cruzados; todos ellos de vuestra misma edad, acostumbrados á las caricias de sus madres, recién salidos del techo paterno, y que no podían adquirir en pocas horas la energía, propia únicamente de guerreros endurecidos en los combates, habituados á caminar en todo tiempo, á sufrir el frío, y á no tener pan. Sin embargo, cosa sorprendente! á pesar de la inclemencia de la estación, cada día se aumentaban las filas de los cruzados; pero por lo regular los que iban llegando eran hijos de pobres campesinos, que no llevaban ni una blanca en el cinto, ni provisiones en las alforjas.

Las enfermedades y las privaciones disminuyeron el ejército de los niños, á quienes era preciso abandonar en los monasterios que tenían á bien recogerlos. Muchos perecieron en los caminos por falta de socorro, y fueron enterrados en la nieve. Por la mañana, cuando un resplandor mortecino anunciaba la venida del día, los pobres mancebos se contaban, y cuántos había que no podían responder!... Entumidos por el frío, habían caído en el último sueño, y un tinte color de violeta desfiguraba sus facciones, poco ha tan puras y graciosas.

D. Wilfrido corría acá y allá con los ojos bañados en lágrimas, cubriendo con un pedazo de su túnica el cuerpo de cada una de aquellas inocentes víctimas, estrechando sus manos heladas, y procurando reanimarlas con su aliento. El religioso era incansable, y sus cuidados preservaban á la expedición de una ruina, tanto mas inminente, cuanto que el rigor del invierno crecía mas y mas, y los comestibles escaseaban en gran manera.

Enguerrando imitaba al monje con una actividad extraordinaria, y aunque hacia el bien de un modo algo brusco, no por eso dejaba de reprender á los perezosos, exhortar á los débiles, y sostener á los que sufrían. Habíase desprendido sucesivamente de todas las monedas de oro que llevaba en su escarcela, de su rica capa bordada, de sus espuelas y de su cadena, todo ello vendido á vil precio á los judíos que reunidos á una multitud de trovadores seguían al ejército.

A dos jornadas de la ciudad de Leon se acabaron todos los recursos, y los nobles se reunieron bajo la presidencia de Archibaldo para tratar de buscar medios con que poder proseguir la marcha hasta la ciudad, donde la caridad de los conventos y de los fieles repararía tantas privaciones, asegurando, á lo menos por algunos días, la conservación de los cruzados.

—«Señores, dijo Enguerrando, aun nos quedan trescientos alazanes estenuados como nosotros, que se mantienen con raíces, y no pueden con los ginetes. Soy de sentir que debemos deshacernos de ellos, y marchar á pié como nuestros soldados; porque en los momentos de peligro deben ser comunes los trabajos.



—Y quién, preguntó Marino Marini, será el que suelte sus escudos por nuestros rocines?

—Los judíos: sin duda nos darán poco; pero cuando uno tiene hambre vendería un castillo por una torta de maíz.

—Pues bien! dijo Mateo de Concy, llamemos á esos ladrones, y entremos en trato con ellos.

—Amigos! exclamó Sigismundo Dietrich saliendo de su flema habitual, haceis mal en vender vuestros alazanes para confundiros con los vasallos. Lo que es yo, mejor quiero morir á caballo que vivir á pié.

—Sea en buen hora, señor baron, respondió Isolino; permaneceréis á caballo hasta que se os antoje, y os pondremos al frente del ejército á guisa de heráldo de armas.»

Colérico el aleman, empuñó la espada; pero Isolino dijo en tono burlon:

—«Aguardad, señor Sigismundo, á que haya almorzado; porque lo que es ahora no me siento con fuerzas para aceptar el desafío.»

Palabras que escitaron una risa general, terminando alegremente el triste consejo. Llamados los judíos, acudieron al momento, y cuando vieron capas rotas, cinturones sin valor, cascos sin penachos y escarcelas vacías, se miraron con la desconfianza que les es inherente, y se pusieron á cuchichear, preguntándose para qué habian sido llamados. Cuando Archibaldo les propuso la compra de los caballos, el judío mas anciano que llevaba un turbante oriental, y era de encorbada estatura, dijo con voz cascada:

—«Por el Dios de Jacob! hemos perdido mucho en nuestros anteriores tratos, y tal vez no podremos vender tantas armas en mal estado, por las cuales dimos muy buena plata y nuestros mejores sacos de trigo y avena.

—Si la proposicion nõ te conviene, hijo de Satanás, exclamó Enguerrando, dilo de una vez, porque estamos cerca de la ciudad de Leon, y allí encontraremos amigos.

—No os enfadeis, señorito, repuso el israelita con una mezcla de temor y de ironía, ya sabemos el respeto que se debe á señores como vos. Pero permitidme que os haga observar el estado miserable de vuestros corceles.

—Con un mes que estén á pasto recobrarán su hermosura y su vigor. Aceptas el partido?»

Estas palabras, sostenidas por los rumores de la asamblea, decidieron á los judíos á comprar los caballos, por los cuales dieron algunos sacos de trigo, ovejas flacas y pieles de carnero, que sirvieron para cubrir á los enfermos. Despues, cargando en los caballos su precioso botín, se alejaron precipitadamente, perseguidos por las risas y las maldiciones del ejército.

Llegados los mancebos á Leon, Archibaldo no pudo permanecer allí mucho tiempo, porque generalmente los habitantes de las grandes poblaciones no eran favorables á su empresa. Gracias al zelo de D. Wilfrido los conventos hallaron medios de subvenir á las necesidades de los cruzados, y los fieles no se quedaron atrás: mujeres caritativas regalaban á los niños vestidos cortados y hechos por ellas, calzas y gorros de lana, llorando de ternura y compasion al oir los males que habian sufrido y los peligros que les aguardaban.

Por lo demás, las fatigas habian dado un aspecto marcial á los jóvenes soldados de Cristo, á cuyo lado los otros niños parecian débiles y miedosos. Acostumbrados á marchar en orden, y á manejar con destreza la pica y la lanza, era un espectáculo curioso para las poblaciones aquel ejército enano, á quien solo faltaban diez años mas para ser formidable.

A medida que los cruzados se acercaban al condado de Avignon, el frio se disminuia; pero otro azote mucho mas horrible, que hiere al hermano por el contacto con el hermano, y separa al mundo entero del infeliz á quien escoge por víctima, un mal traído del Oriente y connaturalizado en Europa acometió al ejército de los niños. Este mal, cuyo azote no se siente hace muchos siglos, era la *lepra* que se manifestó en toda su violencia, principalmente entre los hijos de los siervos, que además de su falta de enerjía moral, estaban predispuestos para este mal por su excesivo desaseo. Causaba lástima verlos tendidos por el suelo, llamando á la muerte, é invocando con desesperacion á la Virgen y á todos los santos del cielo; lástima oirlos pronunciar llorando el nombre de sus madres, á las cuales no volverían á ver. Cuando no tenian bastante fuerza para dirigirse á los hospitales, ninguno se atrevia á conducirlos, y mientras mayores eran sus lamentos, mas huian de ellos. La epidemia heria con la rapidez del rayo, y muchas veces aquellos á quienes tocaba su dedo mortífero, caian de repente para no levantarse jamás.

Los nobles, á quienes respetaba algo mas la epidemia, cuidaban á los enfermos con celo cristiano, mientras los hijos de los siervos permanecian sumidos en el abatimiento del temor y en la apatía del egoismo.

Isolino acababa de dar una vuelta al frente de un destacamento para levantar los enfermos y prodigarlos los primeros socorros; pero como desempeñase el lindo doncel con harta repugnancia aquella tarea, y se quejase á su hermano de los penosos deberes de la cruzada, le dijo Enguerrando:

—«Ya te entiendo; echas menos tus diversiones y tu cítara. Pues bien! vete; vuelve al castillo de nuestros abuelos, y muéstrate hijo indigno de ellos!»

Tal era el sentimiento de sumision que Isolino experimenta-



ba delante de su hermano, que bajó los ojos y guardó silencio.

—«Pruébame, prosiguió Enguerrando, que tienes el valor de un caballero: hoy solo has recorrido el cuartel de los alemanes y los italianos; sígueme cargaremos á nuestros dos escuderos de ropa y medicamentos, y visitaremos el campamento de nuestros asturianos.»

Al pasar encontraron á D. Wilfrido ocupado en vendar á un paciente, y despues de observar los donceles la ferviente caridad con que el venerable monje le prodigaba á la vez los socorros del cuerpo y los del alma, bajaron á un vallecillo sembrado de nogales y cubierto de verdura. La risueña naturaleza del Mediodía exhalaba sus perfumes de primavera; blancas flores se mecian en los almendros, y algunos pájaros, que acababan de llegar de lejanas tierras, preludiaban alegres y melodiosos cantos.

En aquel momento Enguerrando é Isolino oyeron gemidos sordos, y vieron á un enfermo que en el delirio de la enfermedad invocaba la ayuda de Dios y los santos. En su idioma conoció Enguerrando que era asturiano; en cuanto al rostro estaba completamente desfigurado por la lepra. Isolino al verlo tembló un instante, y los dos escuderos arrojaron un grito de espanto huyendo precipitadamente. Enguerrando corrió tras ellos, les arrancó la ropa y las vendas, y volvió á donde se hallaba el enfermo á quien vendó, y cuyos pies descalzos y helados envolvió en una zalea. Este abrió los ojos, y dijo con voz conmovida:

—Ah! sois vos, señor de Muriel? Marchaos porque no soy digno de tanta bondad.

—O cielos! no es este Lucas?

—Sí, el culpable Lucas que se atrevió á levantar la mano contra el hijo de su señor. Falté á mi deber, y el cielo me ha castigado.

—No, Lucas, no serás castigado, porque hace tiempo que te perdoné. Ten valor, y bien pronto ocuparás tu puesto en las filas para marchar contra los enemigos de nuestra sagrada religion.... Ven acá, Isolino, y ayúdame á transportarlo.»

Isolino, aunque con repugnancia, cogió al enfermo por los pies, mientras Enguerrando sostenia contra su pecho la cabeza de Lucas, y se pusieron en marcha, dirigiéndose al campamento; pero Archibaldo que los vió de lejos, corrió á su encuentro, diciéndoles:

—«Qué haceis? vosotros nobles arriesgais vuestra vida por salvar la de un villano que solo es un cadáver?...»

En efecto, Lucas acababa de exhalar su último suspiro, y Enguerrando é Isolino se hincaron de rodillas dirigiendo á Dios una oracion ferviente por el alma del pobre difunto. Archibaldo no quiso dejarlos hasta que se mudaron de vestido y se fumigaron;

pero el azote respetó á los dos hermanos, no teniendo tristes consecuencias su piadosa obra de caridad.

Algunos dias despues cesó la epidemia, que causó millares de víctimas; pero cuando llegaron los cruzados á Marsella, puerto escogido para el embarque, el ejército de los niños se elevaba á mas de treinta mil, gracias á Archibaldo que supo mantener la disciplina entre aquellas bandas numerosas, que pertenecian á diferentes paises, y hablaban diversas lenguas. Los habitantes de Marsella vieron con ojos de admiracion aquel cuadro, y los trovadores de Provenza celebraron en sus *rondeles* la gloriosa expedicion que debía librar á Jerusalem del poder musulmánico.

## V.

Despues de residir un mes en Marsella, donde habia producido viva impresion la llegada de los guerreros de Cristo, una hermosa mañana de primavera se embarcaron los cruzados en siete buques que pertenecian á dos hermanos mercaderes.

La escuadra tomó rumbo hácia la isla de Chipre, y aunque hallándose bien abastecida de municiones, no debía detenerse en su travesía, sobrevino una furiosa borrasca, obligándola á buscar refugio en uno de los puertos de Hugo de Lusignan, rey que envió á los cruzados un caballero del Temple, haciendo se le presentasen los jefes de la expedicion. Cuando Archibaldo y Don Wilfrido expusieron el motivo de la partida al Asia, el monarca manifestó su extrañeza, y procuró con buenas razones disuadir á los jóvenes guerreros de empresa tan peligrosa. Sus consejos fueron inútiles; nada podia templar el ardor que animaba á los mancebos, y habia tanta resolucion en sus ademanes, que los habitantes de la isla miraron al fin como cosa seria esa cruzada que al principio fué para ellos objeto de risa y desden. A poco dió la flota á la vela, y Lusignan, acompañado de toda su corte, asistió al embarque, saludando con gracia á los niños que le victoreaban desde los buques.

Habiase decidido en consejo militar que se dirigirían á las costas de Siria, y ya habian transcurrido algunos dias de navegacion, cuando un marinero gritó encaramado en el mástil: «tierra de Egipto!» En el mismo instante estalló en el buque un tumulto espantoso: la palabra Egipto circuló de boca en boca en tono de admiracion, miedo y cólera, y Enguerrando, que se hallaba á bordo de aquel buque, corrió hácia el capitan daga en mano, diciéndole con vehemencia:

— «Son estas las playas á donde debiamos arribar? nos habeis engañado, conduciéndonos á la muerte!»



El capitán se desprendió del condecto, y le cojió el brazo para desarmarle; pero Enguerrando empuñó la daga con la mano izquierda, poniéndola al cuello del capitán. Los marineros acudieron armados con hachas, los donceles se colocaron en círculo junto á Enguerrando, é iba á trabarse una lucha cuyo resultado no podía ser dudoso, cuando un garfio de hierro fué á caer en el buque, reuniéndolo con el que montaban Archibaldo y Don Wilfrido, quienes saltaron al puente con suma ligereza.

Archibaldo, alzando la voz, mandó á sus soldados que envainasen las armas, y á los marineros que se marcháran á sus puestos; mas como algunos se hiciesen reacios, y llegase á sus oídos la voz de «traidor!» dijo á los niños:

— «Amigos míos, si la flota ha venido á parar á las costas de Egipto, esto se debe al viento, circunstancia que en vez de disminuir vuestro ardor debiera aumentarlo. Ya sabéis que conviene herir al enemigo en el corazón: pues bien! el corazón del islamismo es el Egipto, de donde han ido saliendo sucesivamente todas las tropas que han destruido en Siria y Palestina el poder europeo. Luego que hayamos vencido á los ejipcios, no tendremos que temer á nuestros enemigos, y Jerusalem, la ciudad del Señor, será nuestra.»

Estas palabras no produjeron otro efecto que contener una lucha casi inminente; pero no tranquilizaron completamente á los niños, quienes no podían comprender como les era mas ventajoso penetrar en un país enteramente hostil, que ir de una vez á las regiones limítrofes de la Tierra Santa, ocupada por los cristianos, que todavía conservaban en ellas algunas plazas.

Durante esta discusión, la escuadra proseguía su derrotero, llevada hacia las playas de Alejandría por un viento norte. Archibaldo había vuelto á bordo de su buque, poniéndose á la cabeza de la flota, y no obstante su habitual impasibilidad, no podía contener algunas señales de inquietud, fijando á menudo sus penetrantes ojos en la inmensa extensión de costas arenosas, cuyas ondulantes líneas se perdían en el horizonte. Se habían tomado medidas de defensa; las espadas estaban desenvainadas; los venablos se hallaban preparados; las flechas, aseguradas en las cuerdas de los arcos, parecían dispuestas á silbar, y á bordo de todos los buques reinaba ese silencio profundo que precede á los grandes sucesos.

De pronto resuena un clamor estrepitoso; los cruzados miran á todas partes, y ven detrás de los árboles una multitud de enemigos que no tardan en cubrir la playa. Eran sarracenos con trajes brillantes, armas relucientes, corazas de escamas y cascos adornados de dragones ó bolas de oro; mas lejos nubienses y etíopes, que cubrían su cuerpo negro y desnudo con un broquel de cinco pies de altura, y que blandían largas lanzas,

completando aquel cuerpo de tropas asiáticas de tez cobriza.

Mientras los cruzados contemplan con secreto espanto á sus enemigos, un espectáculo extraño atrae su atencion. Por una de las puertas de la ciudad sale una cavalgata al parecer inofensiva, adelantándose con increíble rapidez: muchísimos habitantes de Alejandria, la mayor parte ya de edad, vestidos con ricos trajes y seguidos de numerosos esclavos, se dirijen hácia la playa, y se colocan detrás de las tropas: en un instante se levantan tiendas, se estienden tapices, y los señores musulmanes se sientan sobre ellos con gravedad, en tanto que los camellos, libres del yugo, doblan las manos, se agrupan, y pasean sus estraviados ojos de los soldados ejipcios á la escuadra de los cristianos.

Algunos instantes mas, y los buques de los cruzados, arras-trados por las corrientes, atracarán en la playa. La mayor parte de los niños gritan á los marineros que viren de costado; estos, llenos de compasion, vacilan entre su piedad y las órdenes contrarias de los dos hermanos dueños de la escuadra, quienes repiten sin cesar con bárbara ironía: «llegó la hora de la batalla!» Mil gritos se oyen entonces contra ellos, contra Archibaldo y contra Don Wilfrido.... «Mueran! muieran los traidores! nos han vendido!...»

De repente un niño se vuelve con espanto; todos le imitan, y bien pronto se convierte en un caos la confusion que reinaba á bordo. Se empujan los unos á los otros, se atropellan, y corren acá y allá sin saber á donde: unos se ocultan debajo de velas enrolladas y del cordaje; otros se precipitan á la bodega; y aun algunos, fuera de sí, se arrojan al mar, y desaparecen bajo las olas.... Era que una flota musulmana formando un arco, habia encerrado en el círculo á los cruzados, que no veian camino alguno de salvacion.

Cuando los musulmanes llegaron á cierta distancia, gritó un hombre en idioma árabe: «Entregaos, perros infieles!» Archibaldo respondió en la misma lengua, y volviéndose á los cruzados, dijo en alta voz: «valerosos mancebos, tened confianza en mí: son tantos los sarracenos que nos asesinarían fácilmente; pero admirando vuestro valor, y la osadia de vuestra empresa, consienten en que capituleis. La única condicion que os imponen, es que antes de desembarcar solteis las armas: Dios vela sobre vosotros, y os salvará!»

Un grito de indignacion y amenaza partió del buque que montaban Enguerrando, Isolino y muchos otros donceles de ilustre nacimiento: «mueran los traidores!»

Enguerrando quitó á un niño un arco, apuntó á Archibaldo y disparó; pero la flecha fué á clavar-se en el mástil. Aislado el buque que montaban los nobles, y cercado de velas enemigas, arrojaron estos una descarga de flechas y piedras, y muchos sar-



sarracenos cayeron de bruces sobre el puente, ó fueron á caer en las olas que tiñeron con su sangre. Las maldiciones de los infieles se mezclaron al grito guerrero de los cristianos, y sus disparos no tardaron en sembrar la muerte en las filas de los niños, agolpados en un punto: sin embargo no se desanimaron, y á pesar de que el capitán les conjuraba á suspender una lucha inútil, le respondían con las voces «fuera el traidor!» y seguían peleando cada vez con mayor denuedo.

El número de los combatientes había disminuido de un modo muy notable, y casi todos los que quedaban habían recibido alguna herida; del brazo izquierdo de Enguerrando colgaba una flecha rota, y el bello rostro de Isolino, cubierto de sangre, parecía un lirio de color de púrpura.... De pronto salió una llama de una barquilla que acababa de ser amarrada al buque por los sarracenos, y el capitán lanzó un grito lastimero, exclamando:

—«Cielos! el fuego griego! somos perdidos!»

El fuego griego era una invención horrible del infierno, arma terrible en manos de los infieles, azote sin piedad, porque ardía en medio de la mar, y crecía en actividad con los esfuerzos que se hacían para apagarlo. Así es que en pocos minutos el incendio invadió todo el buque, convirtiéndolo en una inmensa hoguera: los marineros arrojaron al agua una lancha, donde se embarcaron los nobles que no se hallaban heridos, y á la cual condujeron por fuerza á Enguerrando, que quería morir á bordo. El malvado capitán se dirigía hácia la lancha, cuando el infortunado Marino Marini, acometido por el fuego griego, se arrojó al traidor, le estrechó en sus brazos, y no le soltó hasta que empezó á arder su vestido, cayendo ambos sobre el puente, que no tardó en quemarse, así como todo el buque.

La lancha alcanzó la orilla á fuerza de remos, y á medida que los mancebos saltaban en tierra, se veían rodeados de esclavos negros que los desarmaban, atándoles las manos á la espalda. Los que hacían resistencia recibían golpes con los cuentos de las lanzas, ó los cogían por los cabellos, arrastrándolos así por la arena. Los ejipcios, los soldados sarracenos y los tratantes en esclavos se mofaban de sus adversarios. Uno se divertía en presentar á un doncel una lanza sumamente pesada diciéndole: «vamos á ver si la levantas, valeroso guerrero!» Otro se entretenía en pegar á los infelices con el látigo que le servía para arrear sus camellos, y en vano lloraban los niños invocando á Dios y á sus madres.

Durante esta escena de desesperación, que duró mas de dos horas, Archibaldo permaneció en un cerrillo en medio de un grupo de scheiks y de ricos mercaderes de esclavos, y cuando los niños desfilaban por delante de él, tranquilo, impasible, sorrido á las reconvenciones y lamentos de las pobres criaturas, los

adjudicaba á vil precio. Había en el suelo dos cajas abiertas, una para Archibaldo, y otra para el hermano del difunto capitán, que con una veintena de marineros asistía á la venta, sin mezclarse en ella directamente, contentándose con ver en su cofre la mitad del precio. Sin embargo, miraba con alegría infernal aquel mercado que vengaba la muerte de su hermano;



así es, que cuando Enguerrando y sus valientes camaradas fueron presentados á los compradores, el capitán dijo con furor concentrado:

—«Estos no los vendo, son para mí.

—En tu país no hay esclavos, dijo un ejipcio: estos han demostrado gran valor, y yo me quedo con ellos.»

Enguerrando, al ver á Archibaldo, se encaminó á él, y dejó caer una á una estas palabras terribles y proféticas:



—«Judas!... Judas!... Judas!... que tu nombre sea maldecido por los hombres, y escarnecido por los siglos futuros.... Nos has vendido como á un miserable rebaño; pero el infierno te devolverá el mal que nos has causado, y ninguno tendrá piedad de tí, que no la has tenido de las lágrimas que habrémos de costar á nuestras madres.»

Archibaldo reprimió con dificultad un gesto de furor, y medio sacó de la vaina una cimitarra damasquina; pero Enguerrando no hizo caso, y dirigiéndose á D. Wilfrido, que se hallaba de rodillas, y regaba la arena con su llanto, le dijo:

—«Monje, predicando el servicio de Dios nos has conducido á la muerte: el cielo tenga piedad de tu alma!

—El porvenir te desengañará, respondió el monje en dialecto asturiano; todos hemos sido vendidos por el traidor Archibaldo.»

Concluida la venta, el capitán y sus marineros se dirigieron á las lanchas con un gran cajón lleno de talegas de oro, goma, marfil, y de tegidos preciosos. Archibaldo contemplaba su tesoro con muda satisfacción, cuando un scheik, de rostro severo y larga barba, se acercó al infame, diciendo en voz alta:

—«Y el jefe, cuánto vale?»

Palabras que fueron acogidas con aclamaciones, formando un cerco la multitud en rededor del malvado, que sacó precipitadamente de la caja algunos sacos llenos de oro, los envolvió en la túnica, y sable en mano se lanzó hácia el mar, abriendo la cabeza á los primeros ejipcios que trataron de cerrarle el paso.

Ya en la orilla, divisó las lanchas que se hallaban á alguna distancia, y se arrojó al mar, cuyas olas hendió al principio con vigor; pero embarazado con el oro, como solo tenía una mano para nadar, cansado, y no pudiéndose mantener á flor de agua, exhaló un gemido, hundiéndose en las profundidades de la muerte!...

D. Wilfrido alzó las manos al cielo, diciendo: «Dios mío, tened misericordia del alma de ese gran pecador!»

Apenas había corrido una hora, cuando ya estaba la playa enteramente desierta, habiendo todos los niños de Europa seguido á sus amos con la cuerda al cuello y en las manos. Pobres niños! Desgraciadas madres que acaso no volverían á ver en este mundo á sus queridos hijos!...

(Se continuará.)



## HISTORIA SAGRADA.

### I.

#### SAUL ES ELEGIDO REY.

**V**EINTE años despues, el pueblo de Israel empezó á comprender que solo obedeciendo la ley del Señor volverían á disfrutar de reposo.

Samuel aconsejó á los hebreos que olvidasen para siempre el culto de los dioses falsos, y rompieron sus ídolos, rogando al Señor les perdonase.

Posteriormente, sabiendo los philisteos que los israelitas se habían reunido en Masphaht, marcharon á su encuentro.

Pero el Señor, como su pueblo estaba arrepentido, le concedió la victoria, y los philisteos fueron derrotados completamente.

Siendo viejo Samuel, nombró á sus hijos jueces de Israel.

El mayor se llamaba Joel y el segundo Abia; mas no siguieron el ejemplo de su padre; se dejaron corromper por la avaricia, y recibieron regalos por sentencias injustas.

Todos los ancianos de Israel buscaron á Samuel, y le dijeron:

—«Ya sois viejo, y vuestros hijos no marchan por buen camino. Nombrad un rey que nos gobierne.»

Samuel era contrario á este deseo; pero antes de decidirse consultó á Dios.

—«No es á tí á quien echan de menos, dijo el Señor; me rechazan á mí á fin de que no reine sobre ellos. Esto es lo que han hecho desde el día en que los saqué de Egipto: me han abandonado, y han servido á dioses extraños. Declárales de mi parte cuáles son los derechos del que reine sobre ellos.»

Samuel refirió al pueblo todo lo que el Señor le había dicho, y añadió:

—«Quereis ser gobernados por un rey; pero sabeis cuáles serán sus derechos? Esclavizará á vuestros hijos para que guien sus carruajes; tendrá hombres á caballo para que corran delante de él, y serán sus oficiales. Los unos labrarán sus campos, y recolectarán sus mieses, los otros les forjarán armas y construirán carruajes.

» A vuestras hijas las hará cocineras y panaderas. Dará á sus sirvientes lo mejor que tengais en vuestros campos, en vuestras viñas y en vuestros olivares. Le pertenecerá el diezmo de vues-



tras cosechas; escojerá para criados á los mas fuertes y mas jóvenes de entre vosotros, y todos sereis sus esclavos. Entonces os quejareis del rey que hayais elegido, y el Señor no os escuchará, porque vosotros lo habeis pedido.»

El pueblo no hizo caso de las palabras de Samuel, y continuó pidiendo rey.

El santo varon imploró al Señor, el cual le dijo:

—«Haz lo que piden, y dales un rey.»

Había en la tribu de Benjamin un hombre rico y poderoso que se llamaba Cis, y cuyo hijo Saul aventajaba en hermosura á todos los mancebos de Israel.

Habiéndose extraviado las burras de su padre partió con uno de sus criados para buscarlas, y atravesaron la montaña de Ephraim, recorriendo el país de Salisa, de Salim y de Jémini sin encontrarlas. Cuando llegaron á la tierra de Suph, Saul dijo á su criado:

—«Volvamos á casa, porque mi padre va á tener mas afán por nosotros que por las borricas.»

—Hé aquí una poblacion en que habita un sacerdote muy célebre, dijo el sirviente; vamos á verle, y tal vez nos dará norte para que encontremos lo que buscamos.

—No me parece mal, respondió Saul; pero qué le daremos? El pan que teníamos en el morral se ha acabado, y no tenemos dinero.

—Yo tengo una moneda que podrá servirnos en esta ocasion.»

Se dirijieron hácia el pueblo donde moraba el hombre de Dios, y cuando iban á entrar vieron á Samuel que se encaminaba á la montaña para ofrecer un sacrificio al Señor. El Todo-poderoso habia revelado la víspera al santo varon la llegada de Saul, diciéndole:

—«Mañana á esta misma hora os enviaré á un hombre de la tribu de Benjamin, á quien consagrareis para que sea jefe de de Israel, salvando á mi pueblo de las garras de los philisteos.»

Habiendo Samuel mirado á Saul, el Señor le dijo:

—«Ese es el hombre de que te he hablado, y que reinará en mi pueblo.»

En aquel momento Saul se acercó á Samuel, preguntándole:

—«¿Quereis decirme dónde está el hombre de Dios?

—Yo soy, respondió Samuel. Subid delante de mí hácia la montaña, y mañana os diré todo lo que deseais. En cuanto á las burras que habeis perdido hace tres dias, no tengais cuidado, porque han parecido.»

Aquel dia Saul comió con Samuel, y durmió en un lecho que le dispuso. Al dia siguiente se levantaron cuando empezaba á amanecer, y salieron juntos. Mientras descendian hácia el pueblo, Samuel dijo á Saul:

— «Ordenad á vuestro criado que se adelante un poco, y os haré saber lo que el Señor me ha dicho.»

En seguida derramó una redoma llena de aceite sobre la cabeza de Saul, y le dijo despues de abrazarle:

— «El Señor os consagra con esta unción por príncipe de su pueblo, porque os ha elejido para que los libreis de los enemigos que le oprimen. Por estas señales conoceréis que Dios os ha consagrado príncipe: hoy cuando me hayais dejado hallareis junto al sepulcro de Rachel, en la frontera de Benjamin, á dos hombres que os dirán: «las borricas que habeis ido á buscar han parecido, pero vuestro padre está afligido con vuestra ausencia, y no sabe qué hacer para encontraros.» Luego que hayais abandonado este sitio y os halleis en la cumbre del Thabor, encontrareis tres hombres que irán á Bethel á adorar á Dios; el uno de ellos llevará tres cabritos, el otro tres tórtolas, y el último un cántaro de vino. Despues de saludos os darán dos panes, que recibireis de sus manos.

»Ireis en seguida á la colina de Dios, donde hay una guarnición philistea. Cuando hayais entrado en la ciudad, encontrareis una tropa de profetas que bajarán de la montaña profetizando y acompañados de hombres con liras, tambores, flautas y arpas.

»Entonces el espíritu del Señor se apoderará de vos, y predicareis con ellos, convirtiéndoos en otro hombre.

»Cuando todo esto os suceda, haced lo que convenga, porque el Señor estará con vos.

»Ireis antes que yo á Galgala, á donde iré á buscaros, á fin de ofrecer un sacrificio, é inmolar al Señor víctimas pacíficas: esperadme por espacio de siete dias, que al cabo de ellos me juntaré con vos, y os diré lo que debais hacer.»

Todo lo que Samuel dijo se verificó el mismo dia. Cuando Saul encontró á los profetas, el Espíritu del Señor lo animó y profetizó en medio de ellos.

Despues subió á la colina.

Entonces Samuel reunió al pueblo delante del arca del Señor para elegir Rey, y la suerte designó á Saul. Fueron á buscarle, y apareció mas alto que todos los demás, á los cuales llevaba toda la cabeza. Samuel dijo al pueblo:

— «Ahí teneis al que el Señor ha escogido: no hay ni uno que se le parezca.»

Todo el pueblo gritó: *viva el rey!*

Saul se volvió á su casa, acompañado por una parte del ejército.



## HISTORIA NATURAL.



EL IBIS.

Es una especie de grulla venerada en Egipto, porque destruye las serpientes. Maldecida la serpiente, en todos los pueblos han tenido en grande estima á los que han luchado con ella y la han vencido, siendo por esto el Ibis el ave sagrada del Egipto. Se ha dudado que el Ibis comiese las serpientes; pero un célebre naturalista dice que ha encontrado restos de este reptil en el exófago de algunos Ibis.

Viajero por naturaleza el Ibis, baja de la Ethiopia en los primeros dias del crecimiento del Nilo, rio que se desborda con frecuencia como sabreis por la geografia, y se marcha cuando las aguas empiezan á bajar, considerándosele en Egipto como el precursor de la fecundidad.

Los hay blancos y negros, siendo estos últimos los que embalsaman los ejipcios. También los hay verdes en el Ural, rojos en América, y negros y blancos en Italia; cuya última especie es conocida en todas partes, escepto en la Oceania. En los países en que existe en bandadas, lo comen con gusto, y puede ser aclimatado con mucha facilidad en las provincias de España.

## EL SOMNÁMBULO Y EL HORTELANO.

### Fábula.

**E**N la mitad de una noche  
En el vértigo de un sueño  
Un hombre se levantó  
A su impulso obedeciendo.  
Sin tropezar al jardín  
Y hacia un estanque vá derecho :  
El pié iba á adelantar  
Y á zambullirse de él dentro,  
Mas del peligro lo libra  
Con un grito el jardinero ;  
El somnábulo despierta,  
Y airado dice al momento :  
—Villano ! maldito seas,  
Que me has robado un buen sueño !  
Pero presto conoció  
Cuán injusto era su ceño.  
Y al jardinero dá gracias  
Que le librara del riesgo,  
Y que sus pasos detuvo  
Junto á un precipicio horrendo.  
No os enfadeis, niños míos,  
Si los padres y maestros,  
Del error, que es precipicio,  
Os salvan con sus consejos !

MUÑOZ MALDONADO.